

El valle nebuloso

Entre dos majestuosas montañas verdes, transcurría un río serpenteante, al lado de éste, se asentaba una aldea de ganaderos de casas bajas con tejado de paja y paredes de piedra. Allí vivía Ayla, una pequeña y traviesa niña de mofletes rosados llenos de pecas, con pelo besado por el fuego y ojos color cielo.

-¡Vamos papa, que se nos hace tarde! –Apuraba a Faing intentando moverlo del colchón relleno de paja. El hombre de rostro afilado y barba de tres semanas, esperó al siguiente empujón para cogerla y empezar a hacerle cosquillas.

Desayunaron leche de cabra y salieron corriendo hacía la ladera Este, donde habían dejado el día anterior a los animales. Ayla tenía mucha prisa de reencontrarse con Moibeal, la única vaca blanca del rebaño.

-Mira papa, la están empujando –decía mientras la señalaba con el dedo -¿Por qué la empujan? ¿No la quieren porque es diferente? –Preguntó con los ojos llorosos.

-Solo están jugando, ¿ves? – La res volvía a pastar tranquilamente.

-Moibeal es mi amiga –afirmó levantando la cabeza mientras caminaba de la mano de su progenitor.

Para la hora de comer el cielo se había nublado y la temperatura había disminuido formándose niebla que bajaría de las montañas para cubrir el valle con un manto blanco. Faing decidió arrear a las vacas hacia el poblado, la niebla podría desorientarlas y asustarlas. Llamó a la guía del rebaño, la res más vieja, y ésta empezó a caminar despacio hacia el valle. Faing y Ayla esperaron a ser los últimos de la fila. La niña empezaba estar cansada, sus ojos se cerraban a cada paso. El padre la cargó a la espalda y continuó caminando.

Al fondo vislumbró una columna de humo blanco. Enfocó la vista y pudo ver las llamas que salían de las casas. Corrió con la niña cargada a la espalda. A causa de las zancadas Ayla se despertó desorientada.

Acabaron por llegar a su casa antes que el ganado, que había quedado atrás parado a causa del miedo. La casa estaba intacta, el fuego no se había extendido hasta allí. Dejó a Ayla en el suelo y le pidió que esperara dentro. Salió de nuevo apresurado con intención de ayudar a sofocar el incendio. Solo había enfocado la calle cuando vio, por ésta, como avanzaban diez hombres altos, de espaldas anchas, portando hachas de guerra. Vestían cascos adornados con cuernos y su cuerpo lo cubrían con cuero curtido algo desgastado. Oyó mugir a las vacas, pero no se atrevió a mirar. Dio media vuelta y huyó deshaciendo sus pasos. Abrió la puerta, llamó a Ayla, pero no se encontraba en el interior de la vivienda.

-¡Corre Moibeal, corre, tienes que irte! – Gritaba la voz aguda desde el exterior.

Volvió a salir de la casa. Los monstruos se entretenían matando a puñetazos a Aidan, el vecino de Faing. Aprovechando la desgracia, salió raudo hacia su hija. Al sobrepasar la edificación, sus ojos pudieron comprobar como uno de los invasores se arrodillaba a los pies de Ayla, desenfundaba un puñal con la mano izquierda y, sujetando la cabeza con la derecha, le rebanaba el cuello.

-¡No! –gritó Faing en el momento exacto en que el bárbaro decidió quitarle la vida a la niña de pelo color rojo, de ojos azul celeste, de carácter alegre y algo traviesa, la amiga de Moibeal, su hija, su futuro. Con ella se fueron las fuerzas de luchar, y donde gritó de dolor al ver a Ayla desvanecerse, allí mismo se arrodilló observando como la niebla avanzaba hacia él para engullirlo también.

No miró hacia atrás al oír las risas acercándose, poco importaba ya. Tres salvajes lo rodearon, se rieron, le escupieron, pero Faing no se movió. Un puño golpeó su mandíbula haciéndole caer inconsciente.

Despertó al día siguiente para ser testigo del horror. Lloró lo que no había llorado en una vida, maldijo, pateó y golpeo la piedra ennegrecida. Calmó el ánimo, recogió el cuerpo de Ayla y lo enterró en la ladera donde tanto tiempo pasó con ella. Volvió al pueblo y buscó entre los escombros no quemados una soga y una viga resistente. Se subió a una silla y, mirando a la montaña, saltó. En el tiempo que le llevo morir, pudo ver como la vaca blanca regresaba para decir su último adiós a la niña que tanto la mimó.

